

Mi eterno CEU: ayer, hoy y siempre. *Cincuenta años de memoria viva.*

Siento un cosquilleo en el alma cada vez que evoco aquellos años en el Colegio San Pablo CEU de Murcia; un escalofrío recorre mi cuerpo desde que alinee mis pensamientos hasta que intento poner en palabras lo que siento. Cierro los ojos y me veo allí con absoluta nitidez en aquellos pasillos luminosos, en sus aulas con olor a tiza y madera, o en esos interminables recreos donde cabía el universo entero de mi infancia. La fusión de esos escenarios fue el terreno fértil en que crecieron mis primeras ilusiones, la cuna de lo que hoy soy.

Miles de recuerdos atrapan mi mente desbordada de imágenes que brotan atropelladas, que se agolpan queriendo salir todas a la vez y que me resulta imposible ordenarlas, en este hervidero de acontecimientos vividos que bulle en mi cabeza.

Esbozo una sonrisa enternecedora casi sin querer, al evocar un bonito pasado que ya no volverá. Recordar y escribir sin que se te olvide algo perdido en el tiempo es prácticamente imposible, pero a la vez compilar estas eternas historias y sentimientos es una constante necesidad que sacude –durante toda mi vida- la nostalgia de mi alma.

El Colegio CEU San Pablo de Murcia cumple 50 años y qué mejor ocasión para, desde estas líneas, decir en voz alta y desde lo más hondo del corazón, frente a todos vosotros, antiguos alumnos, profesores, padres y amigos de vida, lo que este lugar significó para mí, unido al sentimiento tan grande de pertenencia de esta gran familia CEU.

Y es que parece mentira pero han pasado ya 20 años desde que mi generación, la de 1987, terminó 2º de Bachillerato en el CEU Murcia, y desde entonces la reminiscencia de episodios vividos, lejos de eclipsarse, se sucede muy a menudo.

Mientras otros recuerdos se desdibujan con el tiempo, los del colegio permanecen intactos cual fotografías guardadas en un oculto cofre secreto.

El CEU fue la primera brújula que orientó mi existencia, y aunque la vida siguió su curso, aunque llegaron la universidad, los trabajos, las mudanzas y los cambios inevitables, el CEU nunca se marchó, nunca se fue de mí. Al contrario: cuanto más crezco, más me doy cuenta de que su huella se ha incrustado con una fuerza inquebrantable.

Las preguntas que me asaltan al disponerme a desarrollar y articular entre mil y un pensamientos, ideas y bocetos de estas palabras, -además de mi propia autoexigencia que va de serie-, son: ¿Cómo explicar a alguien ajeno lo que significó este colegio? ¿Qué fue todo aquello que me conmovió tan profundamente y me realizó año tras año?, ¿Cómo expresar ese recuerdo imborrable y esa mezcla de cariño, orgullo y amistad, que dejó en mi corazón? He de desentrañarlo contando y reproduciendo fielmente todo lo vivido. Y tal vez la única forma sea dejar que los hechos acontecidos hablen por sí mismos, extraerlos de lo más profundo del alma y compartir todo aquello que me marcó para siempre.

Antes de seguir les pido un favor. Abran su corazón. Cierren los ojos. Deténganse y pongan en el 'modo recuerdo' esa etapa que todos compartimos y vivimos. Hoy deseo que, al leer estas palabras, los antiguos alumnos y profesores del CEU puedan sentir esa misma nostalgia, esa misma honda emoción que me invade al recordar aquellos años tan maravillosos.

Si consigo que por un instante regresen al pasado, sientan esa melancolía y cariño por lo vivido y paseen virtualmente después de muchos años por sus pabellones, me sentiré profundamente feliz. Habrá valido la pena cada momento, porque, en cierto modo, habré logrado también saldar una deuda emocional que llevaba mucho tiempo contrayendo con el CEU, con todos los que lo hicieron posible, y con cada uno de ustedes que, de una u otra forma, dejan allí una parte de su tiempo, de su vida y de su alma.

Comencemos.

1. Una infancia feliz. El CEU mi segunda casa.

Mis recuerdos más tempranos del CEU –mediados de los años noventa- son: el sentir el tacto áspero del gotelé de las paredes de los pabellones que acariciaba distraído con los dedos al llegar a clase, aquel tractor amarillo protagonista absoluto de los festivales de navidad, el pabellón de dirección con su interminable pasillo adornado con fotografías antiguas que narraban silenciosamente la historia de quienes pasaron antes por allí, las enormes porterías de los campos de fútbol de tierra donde era imposible no meter gol, las canciones en inglés con la señorita Pat -Patrocinio-, la muy dulce señora Maritó, y, por supuestísimo, el sempiterno conserje, mi muy querido Felipe Hernández, siempre en su lugar, silbato en mano controlando las filas, arreglando tal o cual cosa y todos los días con una sonrisa y un chascarrillo para animarte.

Bendita inocencia suprema aquella, bendita felicidad y despreocupación cuando ya desde tan pequeño el CEU me proporcionaba un escaparate de actividades tan variado para ser feliz en un mundo de ilusión infinita.

En aquellos tiempos, todavía no éramos conscientes de todo lo que ocurría fuera, de cómo giraba el mundo ni de los problemas sociales, cuando cualquier apuro lo solucionábamos en el refugio de los brazos de nuestros padres; en el cole, en clase de preescolar, nuestra mayor preocupación era saber si el picadillo de piedras que habías hecho en la pinada el día anterior, seguiría allí al día siguiente, o habría sido arrastrado por el viento.

Con el tiempo valoré ese equilibrio perfecto entre orden y ternura que también se hacía posible gracias a la sensación de protección. Afuera el mundo era inmenso, incomprensible, pero dentro todo estaba al alcance de la mano. Yo sabía que dentro de aquellas paredes estaba a salvo. Ese amparo, ese cálido cobijo, que me brindaba el colegio con sus profesores, sus conserjes, sus preceptoras y sus alumnos, sigue siendo para mí uno de los regalos más grandes que el CEU me ofreció en mi periplo.

8:30 – 9:00 Hora de inicio, 17:00 de la tarde, salida, sin duda toda una vida. La rutina era muy parecida pero nunca se automatizaba, siempre había algo nuevo en el transcurrir de las horas. Autobús de ida, horas de clase, recreo, siesta, comida, más recreo, más clase y autobús de vuelta. ¿Cómo ese golpe de realidad de tantas horas fuera de casa, no hacía mella en mí? Principalmente porque el CEU San Pablo de Murcia **actuó de segunda casa**. Fue mucho más que un lugar donde aprendí a leer, escribir o resolver ecuaciones. Fue mi refugio, mi escenario de juegos, mi punto de partida hacia la vida adulta. El y solo él me aportó y suplió –casi- todo.

Durante catorce años —desde que apenas levantaba un palmo del suelo en preescolar hasta que de etiqueta y con muchos nervios fui a la imposición de becas en Bachillerato— el CEU fue ese hilo invisible que tejió mi existencia cotidiana.

Hubo –y hay- un aspecto fundamental, no solo en esta primera etapa, sino en toda la experiencia CEU. Una clave silenciosa, un sello inconfundible que se hizo presente desde el primer minuto —y al que inevitablemente volveré más adelante—: los espacios abiertos del colegio.

Aquel recinto extenso y vivo, lleno de pistas deportivas, jardinerías, parque infantil o zonas de aparcamientos, era mucho más que un lugar físico. Allí se desplegaba una disparidad de oportunidades traducidas en actividades, dentro y fuera de clase, pero especialmente en los momentos de esparcimiento y entretenimiento, cuando cada rincón cuenta su propia historia.

Sin saberlo, el *gen CEU* comenzaba a entrar por los poros de mi piel, impregnándose poco a poco, hasta quedarse adherido para siempre al cuerpo, a mi memoria y a mi forma de ser.

2. El despertar sereno hacia el sentido común

El salto a primaria fue raudo y veloz, y fue ya un bautizo consciente de lo que a la postre significaría para mí el cole. Diría que se abrió una ventana más amplia al mundo. Aquella pinada, con su palomar, -¿recuerdan?- pedía a gritos pasear por ella uno y cientos de recreos (los del almuerzo y los de después de comer). Los espacios verdes del cole han sido, son y serán una fuente de inspiración y respiración a la vez que un manantial de amistades para toda la vida.

La magia del cole se iba revelando por tramos, como una luz tímida que se filtra entre las rendijas de una puerta entreabierta. Apenas un destello al principio, pero suficiente para que supiera que algo único estaba por ocurrir.

. Algo comenzaba a vibrar dentro de mí. Una explosión serena y hermosa de conocimiento que me ensanchaba la mente, de expresión que liberaba mi voz, de un disfrute sano que llenaba los días de complicidad. Y, por encima de todo, una libertad que aprendía a armonizar con el orden, como un pájaro que aprende a volar siguiendo las corrientes del viento.

Cada trocito de colegio parecía cómplice de éste despertar. Allí, sin apenas darme cuenta, empecé a crecer, a mirar de otro modo, a intuir que en medio de aquella rutina se escondía una forma de felicidad que con los años aprendería a nombrar y saborear con nostalgia.

Recuerdo esos recreos como un mosaico de mundos paralelos: yo siempre balón en mano con mis inseparables Daniel Franco y Samuel del Val -hoy un golfista muy reconocido-, mientras las niñas, por su lado, sacaban a escondidas de clase el cassette para coreografiar las Spice Girls y los Back street boys. El aire se llenaba de risas y sueños infantiles.

Y detrás de cada día había unos profesores maravillosos que supieron conjugar disciplina (atención personalizada y arte de enseñar) y cariño (sensibilidad y dulzura) con un equilibrio admirable en estos años tan básicos de nuestra vida, y nos alimentaron de una formación integral de nobles e incisivos valores cristianos que siempre han sido santo y seña del colegio.

En pocas palabras: **la calidad y la calidez.**

Puedo decir sin temor a equivocarme que –en el aula- en todo momento nos sentimos comprendidos y atendidos de una manera muy personalizada y especial como solo el CEU sabía hacer. Aunque fuéramos treinta alumnos, uno se sentía arropado, apreciado de tal forma que nos hacían sentir únicos, cada alumno importaba de una manera especial.

Reseño con un cariño inmenso, a los extraordinarios profesores Doña Manolita García que se ganó el corazón de sus alumnos por su nobleza y saber combinar divinamente el ser maestra y madre cuando tocara, a un jovencísimo Domingo Pérez que hacía sus primeros pinitos en el cole y donde hace bien poco recordaba con enorme placer con ellos dos, que somos sus alumnos ahora quienes 30 años después, seguimos usando sus técnicas y trucos para nuestro día a día.

De mi querido Don Enrique Mesa debo decir que sigo esperando conocer a un profesor con un poder de atracción tan bárbaro como el suyo, y les aseguro que por trabajo he recorrido muchísimos colegios de la Región; nos ganó desde el primer día, su manera de conectar con el alumnado era pura fábula y virtuosismo, tanto fue así que a varias generaciones tras la mía, la dualidad Madrid-Barça consiguió tirarla por tierra en favor del Real Betis.

Y refiero también a Don Juan Bonillo, serio y recto. Siempre transmitiendo la importancia de la disciplina fusionada a su vez con una gran atención, dedicación y cuidado para todos nosotros. Hará 8 años, sorpresa la mía, me lo encontraba en un colegio de Espinardo al que visitaba y nos fundimos en un fuerte abrazo. Él no lo sabe, pero en ese abrazo le agradecí interiormente muchísimo de lo que me dotó en mi pre-adolescencia.

Nuestros rostros nos delataban. Hoy puedo decir sin temor a equivocarme que ya a tan corta edad nos sentíamos radiantes de ir al CEU, de VIVIR EL CEU, y de aprovechar al máximo tanta oportunidad que el cole nos ofrecía. No muchos pueden decirlo. Nosotros sí.

3. El salto a la ESO. Erupción y revolución.

La ingenuidad y por qué no, la relativa calma de mi vida saltó por los aires de repente a la vez que cambié de etapa, y no sólo por crecer corporal y humanamente. Este salto fue un *boom* en toda regla, significativo en el aspecto académico, bastante también en el hormonal, pero sobre todo en el tecnológico.

Llegaba el siglo XXI, el mundo cambiaba raudo y veloz y yo con él, con esa mezcla de ingenuidad y energía propia de los 13-14 años. Toda la informática se actualizaba continuamente a velocidad de vértigo. No hacía poco más que un lustro estábamos con aquellos ordenadores con MS-DOS y disquete, y ya irrumpía con fuerza internet a la vez que los primeros móviles, aquellos “ladrillos” con antena donde fundamentalmente había tres

opciones: jugar a la serpiente, "dar toques" para que supieran que seguías vivo y te acordabas de esa persona pero no querías gastar, pues para eso estaba la tarifa barata: mandar sms mega esquematizados que infartaban a cualquier profesor de lengua que se prestara, al ver tanto recorte de palabras y faltas de ortografía -a propósito- para hacer encaje justo en un mensaje acotado en 100 caracteres. Y ya, cuando no había más remedio y era inevitable, con todo el dolor de tu corazón, llamar.

Cambiaron patrones y conductas de nuestra vida, que en esta etapa adolescente no costó mucho trabajo adaptar, pero suponía otra forma de entender las cosas (yo que había llegado a llorar muchos primeros días de vacaciones de verano por extrañar tanto terminar el cole y dejar de ver a los amigos hasta septiembre), y sin embargo ahora, de la nada, de un día para otro, aparecía Messenger y Tuenti y nos abrían un mundo nuevo. Para entonces "la creme de la creme", ahora a años vista pienso que llegó algo precipitado.

Pero sí, se había acabado incluso eso de despedirse del compañero el viernes al salir del cole y no saber absolutamente nada de él hasta el lunes por la mañana.

Me he preguntado muchas veces, a sabiendas de ser materialmente imposible obtener respuesta alguna, cómo hubiéramos vivido todas estas novedades que irrumpieron abruptamente en nuestras vidas, de una manera más paulatina y sosegada...

Como olvidar a mi apreciado profesor Don Benito Masó, con aquel Windows 98 que ordenaba tan magníficamente bien los archivos del ordenador, dejándonos boquiabiertos mostrándonos el primer usb con 32 megas, no sin antes haberte mandado para casa una tanda enorme de ejercicios que sobresalían siempre de los márgenes que la agenda escolar te dejaba para cada día.

Realmente nos golpeó de lleno ese fugaz espacio de tiempo del paso de la peonza y el balón plastiquero, a la tecnología más avanzada, pasando por medio del tamagochi, la game boy, los tazos, o el discman.

Solo hay dos cosas que han ido reciclándose y conservándose atemporales: la fiebre pokemon y las cartas de futbol.

Y en todo este enjambre, el rigor académico. El estudio se intensificó y sacó a relucir otro valor inmenso del CEU, la excelente preparación académica de su profesorado para volcarla a su vez con sus alumnos.

Empezaba lo serio, había que estudiar, pero de verdad, había que encerrarse en la habitación y recitar la lección, no de hacer como que estudias y que Dios reparta suerte. Por eso también empezamos a darle sentido a los madrugones y a los recreos, para repasar lo último y llevarlo más fresco al examen, algo que constituía un verdadero sacrificio –sacrilegio más bien- por no poder abstraernos unos minutos de las lecciones y por privarnos de los bocadillos de atún y mayonesa -made in María- en la cantina, y de conversaciones donde

arreglábamos el mundo entre amigos. Eso no podía ser, bajo ningún concepto, podríamos someternos a ello.

Como se inyectaría en nuestro cerebro el temor y los nervios de algún control, que la realidad es que cuando me he cruzado en estos años con algún folio de examen de los que en su día guardé, (los del antiguo escudo del CEU o los que sellaba Don José Méndez hasta por tres sitios distintos para que no le copiaran, bajo ningún concepto, el teorema de Rouche-Frobenius que valía nada más y nada menos que 4 puntos en el examen), en las primeras milésimas de segundo mi mente se sugestionaba preguntándose apurada: ¿Pero es que había examen? Hasta que salgo de mi asombro y respiro aliviado: ¡Pero si ahora el que los pone soy yo!

Algunas tardes que ya libraba, era tan emocional que me encantaba quedarme en el cole para sentir esa sensación tan maravillosa de pasear por un silencioso conjunto –mientras todos estaban en clase- creyendo poco menos ser el rey del mambo. Hasta la fecha es una de las cosas que me dan vida y sigo haciendo cuando me permito subir por allá, como bien sabe mi estimado Juan Lorenzo, tan atento siempre en su puesto de mando.

En este momento como digo explotó todo; también las hormonas se revolucionaban y llegaron esos años de flirteo/amoríos imposibles, -en mi timidez por supuesto siempre a través de amigos, o por notas en las mochilas- otros le echaban más valor e iban directos, *face to face*, aunque se llevaran la negativa en un tanto por ciento bastante elevado.

Bueno pues hasta para eso el CEU tenía sitios preciosos y escondidos para declararse o para tomar de la mano a esa niña que te encantaba y en la que no podías dejar de pensar.

Los días de lluvia, (pocos, en eso no hemos cambiado nada) no se podía salir al patio, ya advertían bien los profes de los resbalones y el barro; y recuerdo siempre al bueno de Alfonso, cubo de serrín en mano para que no nos resbaláramos, mientras los pasillos de los pabellones eran un constante ir y venir alocado de carreras, mochilas y risas.

La ESO fue, en definitiva una etapa de descubrimientos tecnológicos, emocionales y académicos. Empecé a ser consciente a todas luces que el CEU no sólo me preparaba para aprobar exámenes, sino para enfrentarme a la vida cara a cara. Unos alumnos maduraban antes, otros después, y algunos realmente nunca. No os diré en cuál de los tres grupos estaba yo...pero sí, daría la vida por volver en una máquina espacial del tiempo a revivir estos años.

Así, en esa vorágine y ese microclima fantástico que tenía el CEU seguía adelante mi vida, esforzándome a la par que disfrutando y soñando con un futuro que aún parecía muy lejano.

4. El principio del fin.

Dos años tenía por delante que marcarían el futuro y había que darlo todo. Estudiar, meditar, reflexionar, decidir. Empecé lentamente a ser consciente de todo ello. Más cuando la exigencia e intensidad, y por consiguiente la tensión, se notó desde los primeros meses desde aquel septiembre de 2003 cuando arrancaba 1º de Bachillerato. Había que echar el resto. Y como siempre, cuando le pides al CEU, el CEU te devuelve y te proporciona todo con creces.

Conforme se adentraba el curso, era difícil conciliar estudio y disfrute para exprimir cada momento, cada episodio diario, pero creo poder decir que se consiguió. Periodos irrepetibles fueron los triunfos en el día del deporte con todo el colegio en las gradas de animación, aquellos gloriosos momentos en los bancos de la plaza del olivo donde ardimos en confidencias y secretos; y más personalmente el viaje de estudios de Mayo de 2004 a París que cohesionó mucho el grupo y acentuó todavía más las amistades.

La fábrica de recuerdos, eventos y aventuras se multiplicó en estos cursos, no sé bien si por recordarlos mejor al estar más cercanos en el tiempo, por ser muchos de ellos más significativos y cualitativos o por ambas cosas. Pero sin ningún género de dudas, lo verdaderamente extraordinario del CEU fue **convertir lo cotidiano en memorable**. El timbre del recreo, un abrazo, una mirada cómplice, una dulce caricia en el cabello o una nota-sorpresa en tu mesa, bastaban para colmar de significado un día entero...y según de quien viniera quizás hasta una semana era lo que tardaba la mente en aterrizar en el aula.

Ahora, al revivirlo, me parece increíble cómo esos detalles sencillos se han convertido en pilares de mi memoria.

En esta etapa los profesores, como no podía ser de otra manera, volvieron a ser guías imprescindibles. Y nuestra unión con ellos era latente.

Doña Carmen Parejo convertía la historia en un relato fascinante; solo hacía falta su voz, tiza y pizarra para los esquemas, y cada clase parecía un auténtico cuento. Que decir de Don Miguel Ángel González, pues *que “de los caballeros andantes se ha de decir todo lo bueno que se pudiere, y más.”* toda una institución, porte caballeresco y profesor exigente que siempre tenía el minuto perfecto para marcar su guiño de ingenio. Y es que como buen profesor de Lengua y Literatura: *“El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho.”* ¡Qué gran hombre!

Con Doña Teresa Parra la filosofía se vivía de manera especial, empezábamos siempre con Platón, íbamos a San Agustín pero... terminábamos con las notas acotadas superiormente por un 6.

Don Pedro Molino, grande donde los haya, único e inclasificable. Cuánto nos hizo estudiar y sudar con las mitocondrias y los citoplasmas, pero cuanto también aprendimos y reímos entrañablemente con él.

Se me haría eterno citar a todos (me disculpen de corazón los no nombrados). Remarco también las inolvidables clases de plástica de Don Fernando con esa autoridad implacable donde no se movían ni las agujas del reloj sin su voluntad; ese silencio sepulcral era roto sólo terminando la clase por un gutural “recoged” o “al final de la hora recojo el trabajo” que le había mantenido a uno en vilo un tiempo; a Don Jaime Masó, su nobleza, su buena onda y dedicación, a Don José María Bermejo que se ganó un acentuado cariño muy rápido y al conserje Juan Carlos, motivador y confidente personal, cuanto futuro entrenador de fútbol salió recreando alineaciones en la pizarra en los recreos.

Pero sin duda, el más grande apoyo, ganado a pulso, fue ¿lo pueden adivinar, verdad? Don José Luis Parrondo, mucho más que nuestro profe de educación física. Consejero y amigo. Era un todoterreno. Lo teníamos para todo. Nuestra vida, nuestra válvula de escape cuando la presión nos ahogaba. Partidos de fútbol y baloncestos legendarios. Cuanto juego dio aquel despacho pequeño pero matón en el pabellón de deportes. ¡Cuántos recuerdos, amigo!

4.1 TODO SE TERMINA

(Esto sin duda es lo que más me rompe el corazón recordar). Este apartado lo debo referir en plural porque fue común a nuestro curso completamente.

En segundo de bachillerato empezamos a ser conscientes de una dolorosa realidad: el ciclo tenía fin. Y comenzamos a entender la necesidad de exprimir hasta la última gota del jugo de vida dentro del colegio. Llegó un momento casi de angustia porque caímos en cuenta que el reloj jugaba en contra, el colegio terminaría pronto y nadie quería ver que se nos acercaba un desenlace inevitable: la partida.

Y nos cayó en peso. Estuvimos tan enfrascados en exámenes en medio de largas tarde de biblioteca, que perdimos la noción del tiempo. Súbitamente llegó Junio de 2004 y fue durísimo comprender que nada volvería a ser igual. Fin de curso. Fin de etapa. Último examen, última foto, última risa. Por fuera estábamos impertérritos, por dentro un saco de nervios, un flan. ¿De verdad? ¿Era real? ¿No volveríamos a ver a compañeros que parece que partirían a estudiar fuera? ¿No habría más vueltas al cole en septiembre, abrazarnos un año más y ver como habíamos cambiado y qué novedades nos traíamos? ¿Quién iba a subir ahora al galope tras terminar las clases matutinas, esos tramos de escalones pabellón tras pabellón para saciar nuestra hambre, ávidos de comida?

Creímos, en la práctica y MUY A NUESTRO PESAR- que era una cruel y amarga despedida.

En aquel momento así lo fue pero con el tiempo nos dimos cuenta que el CEU se quedó tatuado en nosotros y 20 años después su recuerdo imborrable aun lo llevamos, como ven, a flor de piel.

5. GRATITUD INMENSA Y HASTA SIEMPRE.

Hoy, al mirar atrás, siento un nudo en la garganta. Pero no estoy solo. El CEU sigue vivo en mí: está presente en cada decisión que tomo, en cada sonrisa que brota cuando mi memoria regresa a aquellos tiempos dorados. Aún perdura la sólida forja de amistades que conservo, las mejores y más fieles, nacidas en aquellos años inolvidables.

Esa unión maravillosa sigue intacta, y basta con una llamada de teléfono para que resurja el constante anecdotario, incluso antes de desearnos los “buenos días”. Amigos del CEU, algunos repartidos hoy por el mundo, son testimonio de ello: José Juan, en el Líbano, cumpliendo misiones como capitán del ejército español; Alejandro, en Los Ángeles, dedicado a la moda y la producción; David, empresario en Suiza; y Daniel, psicólogo —o “loquero”, como él mismo lo llama— en Barcelona.

El CEU permanece así, vivo en cada uno de nosotros, tejido en la melancolía de lo que fuimos y en la certeza de lo que aún nos une.

Pocos lugares en la vida tienen la capacidad de marcar tanto como lo hizo el CEU. Así como yo, lo atestiguan buena parte de los que pasamos por esta santa casa, compartiendo esta misma enfermedad dulce, incurable y bendita: **el amor eterno por el Colegio CEU San Pablo de Murcia.**

Mi agradecimiento sincero al CEU por ser mucho más que un colegio. Gracias CEU por ser hogar, escuela, refugio, trampolín. Gracias por darme raíces profundas que me anclan y alas que me impulsan a volar, por darme motivos para recordarte una y otra vez y por los que hacerme sentir único, y gracias por hacer que pueda reír y llorar de felicidad al mismo tiempo, sumido en el recuerdo más hondo.

Envío desde aquí un abrazo inmenso a todos los profesores, alumnos y personal CEU, que han hecho —y hacen— posible que este colegio siga con la bandera alzada, como un potente faro en el mar y como primera referencia regional y nacional.

¡FELIZ 50 ANIVERSARIO Colegio CEU San Pablo de Murcia!
¡Siempre serás parte de mí!

Diego Aparicio Martínez

Antiguo Alumno – Promoción 1987-2004